

EVOLUCIÓN DE LA OPINIÓN SOCIAL ANTE LAS DIVERSAS FORMAS DE MASCULINIDAD: EL DERECHO A LA IDENTIDAD DE GÉNERO

EVOLUTION OF SOCIAL OPINION TO THE VARIOUS FORMS OF MASCULINITY: THE RIGHT TO GENDER IDENTITY

ANDRES COBO DE GUZMÁN MEDINA¹

Sumario: I. INTRODUCCIÓN. II. VISIONES DE LA MASCULINIDAD. III. CONCLUSIÓN.

Summary: I. INTRODUCTION. II. VISIONS OF MASCULINITY. III. CONCLUSION.

I. INTRODUCCIÓN

Como preámbulo al tema objeto de estudio, creemos conveniente realizar algunas matizaciones conceptuales. En primer lugar, en la actualidad, se hace necesario desarrollar nuevas formulaciones más acordes al concepto de “identidad de género”. Como señala Alex Grijelmo², las palabras son los embriones de las ideas, según qué palabras utilicemos así formaremos nuestro pensamiento. La terminología tradicional relacionada con el género ha estado influenciada por el modelo hegemónico de concepción de la masculinidad que se desarrolla desde finales del siglo XVIII. Dicho modelo establece criterios catalogadores relativos al hombre y a la mujer, determinando una manifiesta frontera entre la normalidad y la anormalidad, una identidad considerada como “sana” frente a una conducta “enfermiza”. Así aparecieron términos que, a nuestro juicio, suponen actualmente una serie de anacronismos como los de *heterosexual, homosexual, bisexual, transexual...* y que han generado una cierta ambigüedad conceptual. Dichos términos han sido utilizados incluso por los movimientos reivindicativos o LGBT... que paulatinamente van alargando sus siglas representativas, dentro del proceso de balcanización sexual de los últimos años, tomando la apariencia, cada vez más, de una especie de contraseña secreta.

En segundo lugar, se ha querido evitar el reduccionismo “sexual” tradicional del ser humano que ha dominado a lo largo del tiempo y cuya tendencia ha sido la de catalogar las conductas bajo la óptica funcional de la identidad o sexualidad biológica que, en definitiva, se resumiría a la procreación. Nuestro concepto de identidad es

¹ Profesor titular del Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Grenoble (Francia). E-mail: andres.cobodeguzman@sciencespo-grenoble.fr .

² R. GRIJELMO, *La seducción de las palabras, un recorrido por la manipulación del pensamiento*, Madrid, Taurus, 2000.

mucho más plural e, incluso, abarcaría una eventual identidad asexual o la idea del reconocimiento de una identidad masculina o femenina que renunciara a la sexualidad por factores religiosos o diversos.

Por lo tanto consideramos que en pleno siglo XXI, el concepto de masculinidad se encuentra en un momento decisivo en el que se reconstruye y dialoga consigo mismo en un esfuerzo de superar la idea de una virilidad única y dogmática. Así, han sido abundantes los periodos históricos en los que las realidades sociales resultantes se encuentran determinadas por esta funcionalidad atribuida al hombre que genera, al mismo tiempo, un imaginario social en torno a la representación de la masculinidad en la cultura occidental. Imaginario y funcionalidad viril han ido a la par a la hora de establecer un entramado social normalizador y poco dado a tolerar, en general, toda divergencia que pudiera cuestionar un proyecto que proporcionara un sentido lógico y estable al sempiterno planteamiento del sentido de la existencia humana.

II. VISIONES DE LA MASCULINIDAD

Para encarar el debate ideológico que encierra la noción de género en el devenir histórico vale echar una mirada retrospectiva desde la antigüedad, momento de aparición de nuestro primer concepto de masculinidad, el modelo clásico, entendido en el marco de una relación de dominación, de jerarquía social, en la que al hombre viril se le suele otorgar una función procreadora dentro de un ambiente de tolerancia y diversidad.

Periodo prolífico en escritos que ponen de manifiesto la complejidad de la noción de masculinidad que, en la Europa precristiana, presenta una característica común que sería la denominada *regla de proporcionalidad* caracterizada por una igualdad entre la posición social y el papel sexual en la pareja³. Estudios sobre la Grecia antigua como los de Dover⁴, Flacერიere⁵ o Sergent⁶; así como sobre Roma de Cuatrecasas⁷ o Boswell⁸ entre otros, constituyen una base fundamental de conocimiento que nos permite afirmar que la pluralidad identitaria masculinizó de una extensa aceptación social; por lo que resultaría contradictorio considerar, por ejemplo, las relaciones entre varones sustitutivas o compensatorias del defecto de relaciones hombre/mujer, una mera fase adolescente o bien un fenómeno que formaría parte de un ideal *bisexual* de sociedad clásica⁹, ya que aplicaríamos de esta manera conceptos contemporáneos a realidades mucho más complejas y *sui generis* en relación al género y a la masculinidad clásica y que, como señala Cantarella¹⁰, constituyen una manifestación más de las diferentes formas de amar y de expresar una virilidad clásica en la que la imagen del cuerpo del hombre funciona no sólo como un signo socio-cultural y económico, sino también como

³ F. LEROY, *Histoire juridique de l'homosexualité en Europe*, Paris, PUF, 1997.

⁴ K. J. DOVER, *Homosexualidad griega*, Barcelona, El Cobre., 2008.

⁵ R. FLACELIERE, *Vida cotidiana en Grecia*, Temas de Hoy, 1989.

⁶ B. SERGENT, *La Homosexualidad en la Mitología Griega*, Barcelona, Alta Fulla, 1986.

⁷ A. CUATRECASAS, *Amor y sexualidad en la antigua Roma*. Madrid, DJTA, 2003.

⁸ J. BOSWELL, *Christianisme, tolérance sociale et homosexualité*, Paris, Gallimard, 1996.

⁹ C. PEÑA, *El matrimonio, derecho y praxis de la Iglesia*, Bilbao, Desclee B, 2004.

¹⁰ E. CANTARELLA, *La bisexualidad en el mundo antiguo*, Madrid, Akal, 1991.

un vehículo que ayuda a fijar esta imagen de hombría que relaciona belleza física, virtud moral y educación¹¹; influenciada por una mitología y una literatura clásica, con escritos tan conocidos como los de Platón (Menón 76c, 1969), donde observamos bellas metáforas o manifestaciones de una masculinidad plena y no excluyente. Y por último, por ser breves, como señala Brown¹², a pesar de esta exaltación de lo masculino, la sociedad clásica se sustenta en la noción de un matrimonio mucho más complejo que el tradicional en el que entran en juego una serie de factores iniciáticos, económicos y demográficos determinantes.

El segundo modelo socio histórico que hemos conceptualizado es el relativo a la masculinidad tradicional de influencia judeocristiana. Dicho modelo impone, prácticamente hasta nuestros días, una visión hegemónica y restrictiva de la masculinidad. Las consecuencias directas de este nuevo planteamiento han sido la configuración de todo un imaginario iconográfico y cultural, así como la exclusión de toda divergencia justificada, en principio, en la interpretación arbitraria de ciertos pasajes bíblicos¹³, Génesis y Levítico, que no miden con el mismo rasero prohibiciones que se consideraban igual de graves en el Antiguo Testamento. Dichas contradicciones aparecen igualmente en el Nuevo Testamento que parece tomar posición únicamente sobre los excesos o la impureza de diversos actos entre personas que no se aman; modelo dual entre la abstinencia sexual y la idea de procreación que estigmatiza toda divergencia y que, en definitiva, difiere con el mensaje de amor universal del Evangelio y de tolerancia del periodo anterior y que, además, se han incorporado posteriormente al ideario e imaginario laico tradicional en países considerados hoy como modernos.

De este modo, los grandes mitos cristianos perfilan un nuevo modelo de masculinidad¹⁴ que comportará unas consecuencias identitarias sorprendentes; un campo no investigado o considerado con la atención que merecería ya que tradicionalmente suele ser un tema tratado desde la óptica de otras disciplinas, como la Historia del Arte, que se han interesado por el cambio formal de representación de un hombre clásico a la de un nuevo modelo judeocristiano que coincide con una función determinada asignada a un hombre¹⁵, desplazado por la valoración central otorgada a la significación de las representaciones cristianas¹⁶, en detrimento a veces de la belleza formal, o de disciplinas como el Derecho que han estudiado la evolución de la criminalización de ciertas conductas sexuales a su despenalización laica.

Todo ello conlleva un nuevo modelo de sociedad *Paulina* de santidad y purificación que recupera aspectos clásicos como aquella necesidad para el hombre de esforzarse por mantenerse viril y dominante, de reprimir unas pasiones apropiadas por un universo sexual heredero de aquella “naturaleza ideal” aristotélica y estoica de *comer para vivir, sexualidad para procrear* y que influyen en todo el pensamiento posterior en

¹¹ J.M. CORTES, *Hombres de mármol*, Madrid, EGL, 2004.

¹² P. BROWN, *Le renoncement à la chair*, Paris, Gallimard, 1995.

¹³ D. HELMINIAK, *Lo que la Biblia realmente dice sobre la homosexualidad*, Barcelona, Egales, 2003.

¹⁴ S. AGACINSKY, *Metafísica de los sexos*, Madrid, Akal, 2008.

¹⁵ J. ASTORGA, *Arte griego*. GUIA. Historia General del Arte I, 1971.

¹⁶ J.M. AZCÁRATE, *Historia del Arte*, Madrid, Anaya, 1990.

relación a un hombre al que se le culpabiliza interiormente y al que se le limita su conducta social.

Un patrón unificador que necesita tres elementos que le den estabilidad y credibilidad. Por un lado la legitimación de dicho modelo basada en la ya mencionada interpretación y justificación bíblica, por otro la condena penal y la exclusión social que conlleva¹⁷, y por último, la existencia de una superestructura espiritual y terrenal, la Iglesia, que se convierte en una fuerza de poder para la que toda herejía o divergencia supone un riesgo importante para su unidad. Por ello crea los mecanismos necesarios, como indica Lowney¹⁸, para purificar por medio del fuego o controlar, a partir del siglo XV, el pensamiento con el Santo Oficio, creando un clima de paranoia y persecución, claro antecedente de los totalitarismos contemporáneos¹⁹.

Un imaginario poco tolerante que desprecia, humilla y extermina la diferencia, toda conducta social o sexual que no respete el mandato identitario de inspiración agustiniana y tomista que modifican la noción de *natura* de Platón. En este proceso tan complejo, que en una primera lectura podría aparecer como una sencilla simplificación, cabría plantearse el hecho de cómo en ocasiones un grupo reducido de hombres y de mujeres puede imponer una ideología, todo un modelo de sociedad, transformar la manera en la que el hombre se construye a sí mismo, su identidad, castrarlo de alguna manera. Una de las razones que podemos evocar es que para que este tipo de fenómeno radical tenga éxito es necesaria igualmente la colaboración voluntaria de buena parte de una sociedad que se adapta así a las coyunturas de cambio o descontento civil producido por causas tan diversas como las crisis económicas, políticas o la hostilidad entre comunidades. Victorias ideológicas que confirman los argumentos de orden divino y de superioridad moral.

Cuando a lo largo de los siglos este temor a la diferencia pasa a convicción y viceversa la dificultad de sustituir la moral cristiana por una moral laica, incluso en el marco de la separación de poderes entre Iglesia y Estado, se manifiesta en el caso de perpetuar la estigmatización de todo modelo divergente. Para Goffman²⁰, cualquier persona es susceptible de ser estigmatizada, ya que todo lo que no sea normal a los ojos de la sociedad es rechazado por salirse de los cánones establecidos. En consecuencia al hombre que no sigue una serie de pautas sociales preestablecidas se le niega parte de su humanidad y de su identidad y se le obliga a vivir el rol que culturalmente se le ha sido asignado²¹. Por lo tanto aquel héroe semidiós clásico expresado a través de una imagen fuerte y viril se convierte en un hombre crucificado en el que, según la controvertida teoría psicoanalítica del “falo fantasma” de Leupin²², se difumina todo el deseo sexual que suponía la representación de la masculinidad de estos dioses clásicos, poniéndose

¹⁷ M. LEVER, *Les bûchers de Sodome*, Paris, Fayard, 1985.

¹⁸ LOWNEY, *Un mundo desaparecido de convivencia, musulmanes, cristianos y judíos*, Buenos Aires, El Ateneo, 2007.

¹⁹ T. GREEN, *La Inquisición, el reino del miedo*, Barcelona Ediciones B, 2008.

²⁰ E. GOFFMAN, *Estigma: la identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.

²¹ R. MONTESINOS, *Perfiles de la masculinidad*, Madrid, Plaza y Valdés, 2007.

²² A. LEUPIN, *Phallophanies : La Chair et le Sacré*. Editions du regard, Paris, 2000.

de relieve la complejidad de la relación del cristianismo con la imagen del cuerpo desnudo y la sexualidad. Pasando, de esta manera, a un arquetipo de masculinidad protector y familiar en la que se censuran o limitan las posibilidades de expresión, fruto de una intolerancia concebida como la manifestación más sutil del odio²³ hacia el hombre divergente que conduce al mundo y a la voluntad humana a dominar y a eliminar al contrario²⁴.

Un modelo de masculinidad desarrollado en un periodo de tiempo tan extenso, tendencia generalizada en Europa del siglo XIII hasta finales del siglo XVIII, no fácil de erradicar del imaginario colectivo o de una opinión pública acorde con la misión y la ética establecida por dicha Iglesia omnipresente²⁵. Un caballero al que, desde aquel prototipo medieval de espada y armadura, se le exige una sumisión absoluta que desemboca en una alienación social y política²⁶ que cambia de alguna manera, como señala Suárez²⁷, con la Reforma protestante y el desarrollo del individualismo. Conceptos fundamentales que permiten una nueva concepción abierta de la sociedad, cuya consecuencia directa será la secularización del derecho criminal bajo la influencia de pensadores de la Ilustración, donde el derecho contribuye a construir lo masculino y lo femenino y a cómo entender la sexualidad²⁸.

Un hombre por lo tanto completo que va tomando distancias con el Medievo, que no se limita a su bravura místico guerrera, que empieza a cuidar sus maneras, su forma refinada de hablar, de comportarse e imponerse en la sociedad²⁹. Es decir, el modelo tradicional de masculinidad a pesar de su aparente rigidez no ha podido escapar en determinados momentos, que coinciden con el apogeo de las ciudades o del desarrollo de las ideas humanistas, a crear pequeños oasis de libertad y de expresión de lo que en realidad nunca ha dejado de existir que es, en suma, la propia pluralidad de identidades masculinas. Es curioso destacar en este sentido la paradoja que se produce en hombres que desde la infancia son educados en una virilidad sacerdotal que, en ocasiones, será puesta en tela de juicio por asimilarla con el afeminamiento³⁰. Es en esta Iglesia represora donde aparecen las contradicciones más notables de percibir, de vivir la identidad masculina y también el lugar de desarrollo del mayor laboratorio del mundo en cuanto a diversidad y comportamientos más o menos alejados de la ortodoxia doctrinal.

En resumidas cuentas, nos encontramos con un hombre tradicional del que hemos heredado sus propias contradicciones que abarcan desde el arquetipo del caballero, ya descrito, al reconvertido hombre decimonónico que acompaña a una sociedad industrial que necesita más que nunca de la fuerza y la resistencia al dolor en

²³ E. WIESEL, *Académie Universelle des Cultures*, Paris, Grasset, 1998.

²⁴ S. GINER, *Carisma y razón: la estructura de la moral de la sociedad moderna*, Madrid, Alianza editorial, 2003.

²⁵ J. FLORI, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Paidós, 2001.

²⁶ A. MURALT, *La estructura de la filosofía política moderna*, Istmo, 2008.

²⁷ J.C. SUAREZ, *Reforma protestante y libertades en Europa*, Dykinson, 2011.

²⁸ T. PITCH, *Un derecho para dos, la construcción jurídica de género*, Madrid, Trotta, 2003.

²⁹ A. CORBIN y J.J. COURTINE, *Histoire de la virilité*, Paris, Seuil, 2011.

³⁰ J.M. LE GALL, *Un idéal masculin*, Paris, Payot, 2011.

la consolidación de la idea de un mundo burgués en el que hombre produce y la mujer reproduce según una serie de estereotipos masculinos y, en general, educado hacia una conducta agresiva³¹. Parece como si este hombre que domina al mundo por las ideas, las armas y el capital, debiera dejar paso, en el naufragio del modelo tradicional de masculinidad que se avecina, a mujeres, niños, minorías étnicas o movimientos obreros, en un proceso emancipador que pretende acabar con los códigos sociales³² que lo configuraron.

Además, esta postura de masculinidad romántica y aventurera³³ cede un protagonismo representativo a la mujer, a excepción de ciertos paréntesis de exaltación de lo masculino en la época de entre guerras o de los totalitarismos europeos de los años treinta. Conflictos fratricidas que influyen en las diversas mutaciones representativas de lo masculino y en las sucesivas crisis de una virilidad guerrera opuesta al raciocinio del mundo que las engendró. Así, en nuestro imaginario occidental, tras la victoria aliada las riendas cambian de continente y la masculinidad se encarna en la figura del superhéroe americano, que en realidad no es más que una especie de héroe clásico *supervitaminado*, con una fuerza y velocidad que inspiró la creación de personajes como *Superman*, donde la lucha contra el mal justifica el uso de la fuerza. El mejor aliado a la hora de imponernos estos estereotipos propios de la sociedad de consumo serán los medios de comunicación de masas que además evaden de la realidad a una clase media y obrera que sueña con un mundo mejor. Un hombre irreal fabricado por el mito de la industria del cine o de una publicidad que gracias al desarrollo y popularización de la radio o la televisión siguen inculcando imaginarios masculinos estándar.

La masculinidad continúa concibiéndose, representándose a lo largo de buena parte del siglo XX de una manera amputada, huyendo de sí misma. En este proceso, aparentemente ingenuo pero en desarmonía consigo mismo, participan el puritanismo macartista americano, el gaullismo francés, la democracia cristiana italiana o el franquismo español. Habrá que esperar a una nueva crisis del modelo de masculinidad, tras la derrota americana en Vietnam, para que este híbrido de héroe semidivino, semiclásico y tradicional nos permita asistir a la mayor transformación de nuestra época en materia de género y de masculinidad fruto, en gran medida, de los fenómenos del mayo francés del 68 y de la revolución sexual que conllevó³⁴, del cambio en el reparto de las tareas en el hogar, del escepticismo de la política o la decadencia de los hábitos religiosos.

Estos factores desembocan en nuestro tercer modelo de masculinidad *identitario* que cuestiona al mismo tiempo la caza de brujas del hombre divergente. Hombre al que, recordemos, desde hacía dos siglos y hasta relativamente hace pocos años se le cataloga como enfermo, se le representa generalmente de manera caricatural, inexistente o marcado por el drama o la muerte. A partir de este momento el modelo del caballero

³¹ S. ASKEW, *Los chicos no lloran: el sexismo en educación*, Paidós Ibérica, 1991.

³² N. CASULLO, *Las cuestiones*, Fondo de cultura económica en España, 2008.

³³ A. NIETO-GALÁN, *La seducción de la máquina*, Nivola libros y Ediciones, 2001.

³⁴ A. ANASAGASTI, *Hijos del mayo del 68*, Alhulia, 2008.

medio burgués al que hacíamos alusión se escinde en dos representaciones que cohabitan y siguen transformándose incesantemente. Por un lado encontramos al *hombre duro* de la guerra fría marcado por la era atómica, que continúa reflejando al estereotipo de hombre universal, blanco, si puede ser rubio y con una mujer que comienza a llevar pantalón, se masculiniza, adopta hábitos como el de fumar y conlleva el trabajo con la crianza de los hijos. Por otro lado aparece otro tipo de hombre que cambia de estética, puede ser sensual, *hippie*, y llevar el pelo largo, y que cree en unos sueños propios de una *Gauche divine*³⁵ que trató de rebelarse contra la burguesía a la que pertenecía.

Este tipo alternativo de estética masculina evoluciona hacia una cierta exhibición ambigua del cuerpo masculino a finales de los setenta; momento en el que se forjan una serie de iconos alternativos propios a un hombre que rechaza una cierta idea de moralismo, entendiendo que el verdadero compromiso no es el político si no el que se establece consigo mismo, en un mundo en el que el derecho a la propia identidad masculina parece dejar de constituir un fenómeno rígido y estático o subterráneo que relativiza cada vez más los cánones tradicionales³⁶. Este modelo de hombre duro conservador, que tanto dio que hablar en los ochenta, se fusiona estéticamente a partir de los años noventa con su versión alternativa en el modelo de hombre *metrosexual*, del hombre ambiguo y viril que se cuida y que ampara a la vez las dos concepciones del mundo que acabamos de evocar.

En definitiva, podemos afirmar que este modelo de masculinidad *identitario* y plural cohabita actualmente con el concepto anteriormente descrito de masculinidad tradicional más o menos conservador, donde las fronteras estéticas son cada vez menos obvias. Esta nueva masculinidad del siglo XXI sería consecuencia de una construcción social, de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y de las relaciones significantes de poder³⁷ fruto de las Teorías de género de influencia anglosajona iniciadas hace unas décadas y de la evolución hacia una sociedad en occidente más plural y tolerante que provoca en la actualidad un importante debate doctrinal e ideológico, donde como en todo modelo de género la mitificación ha sido esencial en el proceso constructivo del discurso estético e ideológico³⁸.

Una construcción por lo tanto teórica y militante, de inspiración principalmente *foucoqueer* que insiste en la “auto designación de la identidad”³⁹. De esta manera, podemos afirmar que el cambio más significativo de los últimos años lo constituye el hecho de que después de la “revolución de la mujer”, estaría aún por hacer lo que podríamos calificar como una segunda “revolución del hombre” que comienza a escapar de la «culpa» de no ajustarse en general a un modelo determinado o a la

³⁵ A. VILLAMANDO, *El discreto encanto de la subversión*, Laetoli, 2011.

³⁶ A. IRIARTE, *De amazonas a ciudadanos*, Akal., 2002.

³⁷ J. W. SCOTT, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en M. Lamas comp.), *El género: la construcción social cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, 1996, pp. 265-302.

³⁸ P. SORLIN, "Historia del cine e historia de las sociedades", *Film-Historia* n° 2, 1991, pp. 73-87.

³⁹ J. BUTLER, *Lenguaje, poder e identidad*, Síntesis, 2004.

*heteronormatividad*⁴⁰, donde los hechos y las normas van en numerosas ocasiones por delante de la mentalidad y la conducta de una parte de la población⁴¹.

Un modelo alternativo que ha seguido las pautas del feminismo de los 70, pero que, en nuestra opinión, no puede cometer los mismos errores. Si la mujer tuvo que *masculinizarse* para optar a su emancipación y participar del modelo patriarcal, el hombre debe ser consciente que a pesar de haber logrado muchos de los objetivos reivindicativos propiciados por este nuevo modelo de masculinidad tardío no debe confundirse con el modelo tradicional en vistas a una supuesta *normalización* que le impondría las mismas categorías de las que intenta liberarse.

III. CONCLUSIÓN

Para terminar, el análisis de los diferentes modelos de masculinidad así como de sus representaciones nos permiten una mejor comprensión en la actualidad del cambio que se ha dado en la opinión social acerca del debate entre el modelo tradicional y el modelo identitario de masculinidad, en un mundo en el que, en realidad, siempre se ha dado esta pluralidad de masculinidades, pero en el que ha cambiado el modo en que los hombres se relacionan en la sociedad. En ámbitos como el jurídico o el académico debería plantearse, por las razones que acabamos de evocar, más que el reconocimiento a un derecho a la orientación sexual este derecho a la identidad de género y, de este modo, impulsar un diálogo que ayude a superar la mera noción de tolerancia o de una serie de conductas sexualizadas transmitidas por los prejuicios de una doble moral laica.

Evolucionar conjuntamente puede ser la clave necesaria para que, tras haber llegado a ser conscientes de que nos encontramos ante una nueva realidad, en un nuevo continente, le cambiemos la nomenclatura y el contenido. El objetivo no es otro que el de eliminar estereotipos y llegar a ser capaces de respetar al hombre y a la mujer en función del derecho a la identidad que subyace de la propia dignidad del ser humano. Una espiral del silencio a la que el hombre actual, como señala Noëlle Neuman⁴², ha comenzado a renunciar para no encontrarse aislado, expresando una multitud de identidades públicamente que hasta hace poco no respondían a la opinión dominante o a los criterios que socialmente están considerados como “normales” y que constituían la base de un temor que formaría parte de todos los procesos de conformación de una opinión pública vinculada con la sanción, el castigo y la marginalidad. Unas realidades sociales que, evidentemente, necesitan seguir evolucionando y dignificándose por los defensores de ambos modelos de género y de masculinidad.

BIBLIOGRAFÍA

S. AGACINSKY, *Metafísica de los sexos*, Madrid, Akal, 2008.

A. ANASAGASTI, *Hijos del mayo del 68*, Alhulia, 2008.

S. ASKEW, *Los chicos no lloran: el sexismo en educación*, Paidós Ibérica, 1991.

⁴⁰ B. PRECIADO, *El deseo homosexual*, Barcelona, Melusina, 2009.

⁴¹ F. LÓPEZ, *Homosexualidad y familia*, Barcelona, Grau, 2006.

⁴² N. NEUMANN, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Barcelona, Paidós, 1995.

- J. ASTORGA, *Arte griego. GUIA. Historia General del Arte I*, 1971.
- J.M. AZCÁRATE, *Historia del Arte*, Madrid, Anaya, 1990.
- J. BOSWELL, *Christianisme, tolérance sociale et homosexualité*, Paris, Gallimard, 1996.
- P. BROWN, *Le renoncement à la chair*, Paris, Gallimard, 1995.
- J. BUTLER, *Lenguaje, poder e identidad*, Síntesis, 2004.
- E. CANTARELLA, *La bisexualidad en el mundo antiguo*, Madrid, Akal, 1991.
- N. CASULLO, *Las cuestiones*, Fondo de cultura económica en España, 2008.
- A. CORBIN y J.J. COURTINE, *Histoire de la virilité*, Paris, Seuil, 2011.
- J.M. CORTES, *Hombres de mármol*, Madrid, EGL, 2004.
- A. CUATRECASAS, *Amor y sexualidad en la antigua Roma*. Madrid. DJTA, 2003.
- K. J. DOVER, *Homosexualidad griega*, Barcelona, El Cobre., 2008.
- R. FLACELIERE, *Vida cotidiana en Grecia*, Temas de Hoy, 1989.
- J. FLORI, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Paidós, 2001.
- S. GINER, *Carisma y razón: la estructura de la moral de la sociedad moderna*, Madrid, Alianza editorial, 2003.
- E. GOFFMAN, *Estigma: la identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- T. GREEN, *La Inquisición, el reino del miedo*, Barcelona Ediciones B, 2008.
- R. GRIJELMO, *La seducción de las palabras, un recorrido por la manipulación del pensamiento*, Madrid, Taurus, 2000.
- D. HELMINIAK, *Lo que la Biblia realmente dice sobre la homosexualidad*, Barcelona, Egales, 2003.
- A. IRIARTE, *De amazonas a ciudadanos*, Akal., 2002.
- J.M. LE GALL, *Un idéal masculin*, Paris, Payot, 2011.
- F. LEROY, *Histoire juridique de l'homosexualité en Europe*, Paris, PUF, 1997.
- M. LEVER, *Les bûchers de Sodome*, Paris, Fayard, 1985.
- A. LEUPIN, *Phallophanies : La Chair et le Sacré*. Editions du regard, Paris, 2000.
- F. LÓPEZ, *Homosexualidad y familia*, Barcelona, Grau, 2006.
- C. LOWNEY, *Un mundo desaparecido de convivencia, musulmanes, cristianos y judíos*, Buenos Aires, El Ateneo, 2007.
- M. LOWY, *Rebelión y melancolía: el romanticismo como contracorriente de la modernidad*, Nueva visión argentina, 2008.
- R. MONTESINOS, *Perfiles de la masculinidad*, Madrid, Plaza y Valdés, 2007.
- A. MURALT, *La estructura de la filosofía política moderna*, Istmo, 2008.
- N. NEUMANN, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, Barcelona, Paidós, 1995.
- A. NIETO-GALÁN, *La seducción de la máquina*, Nivola libros y Ediciones, 2001.
- C. PEÑA, *El matrimonio, derecho y praxis de la Iglesia*, Bilbao, Desclee B, 2004.
- T. PITCH, *Un derecho para dos, la construcción jurídica de género*, Madrid, Trotta, 2003.
- B. PRECIADO, *El deseo homosexual*, Barcelona, Melusina, 2009.
- J. W. SCOTT, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en M. Lamas comp.), *El género: la construcción social cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, 1996, pp. 265-302.
- B. SERGENT, *La Homosexualidad en la Mitología Griega*, Barcelona, Alta Fulla, 1986.

P. SORLIN, "Historia del cine e historia de las sociedades", *Film-Historia* n° 2, 1991, pp. 73-87.

J.C. SUAREZ, *Reforma protestante y libertades en Europa*, Dykinson, 2011.

A. VILLAMANDO, *El discreto encanto de la subversión*. Laetoli, 2011.

E. WIESEL, *Académie Universelle des Cultures*, Paris, Grasset, 1998.

EVOLUCIÓN DE LA OPINIÓN SOCIAL ANTE LAS DIVERSAS FORMAS DE MASCULINIDAD: EL DERECHO A LA IDENTIDAD DE GÉNERO

Resumen: el presente estudio analiza tres modelos de masculinidad: el modelo clásico, el modelo tradicional y el modelo identitario, que han dado lugar a una serie de estereotipos e imaginarios determinantes de la identidad y el concepto de ser hombre. Actualmente asistimos a un intenso debate sobre nuevas formas de visualizar y comprender la masculinidad que han conducido a emerger el concepto del derecho a la identidad de género.

Palabras clave: masculinidad. Modelos. Divergencia. Realidad social. Presentación. Derecho a la identidad de género.

EVOLUTION OF SOCIAL OPINION TO THE VARIOUS FORMS OF MASCULINITY: THE RIGHT TO GENDER IDENTITY

Abstract: this study analyzes three models of masculinity: the classical model, the traditional model and the model of identity, which has led to a series of stereotypes and imaginary determinants of identity and, also, to the concept of being a man. At present there is an intense debate on new ways to visualize and understand the model of masculinity that led to the emergence of the concept of the right to gender identity.

Keywords: masculinity. Models. Divergence. Social reality. Representation. Right to gender identity.

Nota recibida: 18.6.2013.

Nota aceptada: 30.9.2013.